

¿Aguanta otro escándalo la profesión?

Por Hugo Lara Silva
Socio Decano del PricewaterhouseCoopers.

Estoy escribiendo esta colaboración a mediados de septiembre, recién conocido el escándalo de las hipotecarias Fannie Mae y Freddie Mac y de la declaración de bancarrota de Lehman Brothers, el cuarto banco de inversión en EU. El grave problema de las hipotecas, de hecho, terminó con todos los bancos de inversión del país vecino, además de acabar con la confianza de los inversionistas y crear una crisis a nivel mundial, en mi opinión, más grande que la de 1929.

En épocas pasadas, cuando había crisis en un país, el capital se refugiaba en otras economías. Pero en la actualidad, con la interacción del dinero en el mundo, buscar refugio para preservarlo se hace más difícil cada día. Lo más preocupante de esta situación es que los genios de Wall Street no se atreven a pronosticar si ya tocamos fondo o para cuándo podrían estabilizarse los mercados.

En un artículo del *New York Times*, se menciona que la Reserva Federal (Fed) ha tomado varias medidas para reforzar a la industria financiera, otorgando préstamos de interés bajo a corto plazo para quitarle presión a las instituciones financieras, lo que parece ser un *mejoral* para una enfermedad grave. En pocas palabras, la Fed está copiando el Fideicomiso de Cobertura de Riesgos Cambiarios (Ficorca) mexicano.

Situaciones como ésta, que causan despidos de miles de empleados, pérdidas millonarias de dinero, y desaparición de instituciones financieras y compañías aseguradoras, concentran los riesgos en los pocos que quedan, que por otro lado se benefician absorbiendo lo bueno que quede de las instituciones quebradas, pero asumiendo riesgos que pueden ser mayores a futuro.

Los inversionistas que han arriesgado sus ahorros seguramente no se van a quedar con los brazos cruzados y necesari-

amente van a buscar culpables, empezando con el mismo George Bush, quien dijo que el problema de Wall Street era que estaba pasando por una cruda, tratando de minimizar el problema. Pero la gente se preguntaba: ¿las leyes de regulación dejaron de funcionar?, ¿qué estaban haciendo los reguladores?, ¿no vieron venir el problema?, ¿en dónde estaban los calificadores?

Todo lo anterior es preocupante, pero la pregunta que más me duele es: ¿en dónde estaba nuestra profesión? Las firmas de Contadores Públicos, ¿mencionaron algo en sus dictámenes anuales? Si la respuesta es que no vieron el problema, ¿vendrá una nueva reducción de las cuatro grandes? Les recuerdo que por la década de los 60 del siglo pasado hablábamos de las ocho grandes y de una profesión respetada y tranquila. ¿Quién nos iba a decir que su ejercicio se convertiría en una profesión de alto riesgo? ¿Nuestro quehacer aguantará una serie de demandas que seguramente vendrán? Los inversionistas y el público en general van a buscar culpables y quién les pague el daño. Además, debemos prepararnos para una nueva legislación que va a endurecer más la práctica, hasta recordar los escándalos ya no tan recientes de Enron, entre otros.

En los últimos meses, las empresas calificadoras de valores han reaccionado bajando los niveles de muchas empresas. No hay día en que no anuncien deterioro de su calificación de algunas emisoras. Las bajas son de uno o dos niveles; da la impresión que se están lavando las manos para lo que viene.

¿Cuál debería ser la reflexión para nuestra profesión? Desde siempre, ha habido una competencia respecto a cuál es la firma más grande, asociando el tamaño a la calidad, más ingresos, más personal, más clientes, mejores oficinas, etc., etc., y tal vez hemos descuidado la esencia de nuestro ser: INDEPENDENCIA, mejores trabajos, mejores recomendaciones a nuestros clientes, ser –y no sólo pregonarlo– verdaderos asesores de negocios; en pocas palabras, retomar el camino a la excelencia en nuestros servicios. Decía un antiguo Director de Coopers & Lybrand: “seamos los mejores, que eso solito nos llevará a ser los más grandes” 